ABRAZANDO A LA LUJURIA

Edinar AreTen

Capítulo 1

ABRAZANDO A LA LUJURIA

CAPÍTULOS.

1. ELLA Y YO.
2. DOMINGOS DE SANTIDAD.
3. BAJO LA PERVERCION DE NUESTRA PIEL.
4. ...
5. ...

1.ELLA Y YO.

Contaba apenas con 22 años de edad cuando decidí componer versos a su belleza; la flor de su primavera apenas empezaba a suavizar su aroma, aroma que con su fragancia llamaron la atención de mi bondadosa juventud…

Puerto de Valencia – España; viernes 9 de enero 2014.

¡Hoy la playa está resplandeciente! El radiante tono blanco de la arena se mezcla con el fuerte azul del mar; la suave brisa, quien seductora se desplaza, abraza toda la costa, y las gaviotas me rodean con entusiasmo mientras extiendo mi brazo izquierdo para lanzar el alpiste que tanto disfrutan; el cielo pierde ya su color, se torna rojizo, y aún sentado sobre la gran roca, dejo reposar mi mirada en el horizonte, donde el ocaso desviste a paso lento el atardecer, y que seguramente traería consigo una noche estrellada, no cómo la de Van Gogh, sino como las de mi hermosa tierra, Valencia. Es en este lugar donde el sonido de las olas, el canto de las aves, y el vaivén del follaje de los árboles, me ayudan a aclarar mis pensamientos más oscuros, y a examinar cada momento de mi fascinante vida. Me embruja contemplar la armonía de la naturaleza…

Una vez dispersas las gaviotas, respirar el aire con pasión mientras observo los verdosos esteros, hace desbordar el lago que retienen mis ojos en su interior, y nace una lagrima que desfila por mi mejilla, producto del éxtasis que me genera el comparar mis sentimientos con la belleza de ese avivador paisaje… ¡Esto es único! —dije, asimismo—.

Sin embargo, aquella paz se entorpeció cuando sentí una ráfaga de viento que pasó a gran velocidad por mi espalda, unos pasos presurosos que lanzaron mucha arena sobre mi cuerpo, interrumpiendo así mi placido momento frente al mar… ¿Qué fue eso? —me pregunte—, volteé la mirada de inmediato a mi lado derecho, —no vi nada—… luego al izquierdo, y pude observar cómo una extraña chica corría sin parar, llorando sin consuelo alguno, y cubriendo su rostro con las manos... ¡Qué extraño! —Me dije—, pues no era muy común ver chicas correr de aquella forma

sobre la playa. ¿Qué le abra pasado? —me pregunté no indiferente—. Veo que nadie la persigue, entonces… ¿De quién huye?

Me levante rápidamente de la roca para limpiar mis zapatos tapados del lustroso polvo blanco, y opte en seguirla de forma muy discreta para que no me fuera a descubrir… me generaba intriga saber que le había pasado…

Las calles de la ciudad estaban vacías, (quizá la mayor parte de las personas estaban en el festival de las gárgolas), y yo, detrás de una chica que no conocía, ¡Que confiado soy…!

A tan solo diez minutos de la insospechada persecución, la chica se detuvo y, miro hacia atrás… ¡Casi logra verme! por fortuna, al querer eludir su mirada resbalé salvajemente sobre la acera cenagosa de la Lombard Street.

Estando en el suelo logré arrastrarme y ocultarme bajo las ramas de un arbusto de cerezos que había en un espeso jardín…

¡¡¡Uuy!!! ¡Que golpe tan fuerte…! —Dije mientras limpiaba el lodo que había en mis rodillas…— Asomé una parte de mi rostro para saber si ella aún seguía ahí, y sí… ahí estaba, como perpleja de querer tomar una decisión. Desde atrás su figura lucia muy seductora, sus curvas muy simétricas y definidas, un delgado pantalón color azul marcaba el grosor de sus piernas, y su escultórico trasero parecía hecho por dioses. ¡Qué sensual se ve! —Dije…— pero que va, no hay momento para pensar en eso.

Ella observaba de lado a lado las calles que la abordaban, y de arriba abajo el edificio que ante ella imponente se mostraba, quizá por eso su nombre: Las Colinas. Pasado unos segundos, angustiada entro a él, atravesando múltiples escombros de rocas, maderas y plásticos, sin importar el distinguido anuncio con el cual él se presentaba: ADVERTENCIA. NO ENTRAR, OBRA EN CONSRUCCION.

¿Qué hará esa chica ahí adentro? —Me pregunte inquieto—, ¿Acaso no sabe que puede ser peligroso estar allí…? Mejor me voy a casa, aquí no hay nada que ver.

Pero… ¿Qué hará? —Seguí dudando—, se veía muy triste, ¿será que…?

¡Oh no! ¡No creo! —Me respondí muy alterado, como quien despierta asustado después de una horrorosa pesadilla—, debo apresurarme; Dios quiera que lo que empezó a divagar en mi mente en ese instante no se fuera a concretar. Entré con mucha prisa al edificio, era muy hermoso y grande a la vez, no sabía por qué lado estaría ella, hasta que unas huellas con pizcas de arena me rebelaron unos pasos. Deben de ser suyas,

—intuí, y los seguí—.

Mientras subía las escaleras, una inesperada pregunta hizo detenerme: ¿Y si en realidad se suicida?, lo más seguro es que me muestren como culpable, pues yo soy el único que la sigue, (dirán que yo la perseguía para robarla o quizá violarla) ¿Qué estoy haciendo? ¡Debo irme de aquí!, no quiero presenciar una desgracia que podría pagar muy caro…

En ese instante me vi envuelto en una densa nube gris que me atemorizó, me sentía totalmente bloqueado, no sabía que pensar, al fin y al cabo, ya estaba dentro de Las Colinas.

Quede estupefacto de solo imaginar su cuerpo bañado en sangre tirado en medio de la Lombard Street., rodeada de todas las personas que hasta ese momento no se esperaba ver, y yo desde arriba luciendo como un criminal por no haber llegado a tiempo para "salvarla". Mi piel se hizo tan pálida, y erizada, que me creí ser un humano puercoespín mientras sudaba de manera muy descontrolada, parecía una estatua, porque a partir de ese momento, ni siquiera me había movido del duodécimo escalón del cuarto piso…

Un fuerte estruendo me hizo aterrizar de aquella escena que había creado en mi mente. ¿¡Qué fue eso!? Es ella, debo ir. —dije decidido—, no soportare el cargo de conciencia después de leer la mala notica en las primeras páginas del periódico de mañana, así que lleno de valentía subí los escalones para llegar hasta la terraza, supuse que ese sería el lugar adecuado para quitarse la vida sin padecimiento alguno una vez estando en el suelo.

Después de subir 20 pisos, mi cuerpo agotado y sudoroso, respondía como un perro con mucha sed, (agitado y con la lengua afuera, más la angustia del momento). Allí empecé a atravesar sacos de arena y montañas de ladrillos para recorrer el perímetro y detenerla…

Vaya sorpresa la que me llevé al no encontrarla ahí, se me fue el aire, se me olvido como respirar, no sé si fue la impresión que me generaba el temor a las alturas, o el pensar que ella ya se había lanzado al vacío; me sentí cobarde, no tenía el valor de acercarme al borde y asomarme, ¿Qué hago ahora…? Quise lanzarme también y acabar con ese aterrador momento, pero logré aferrarme a una malla de acero que se encontraba a mi lado.

Muy devastado, y sujetándome de las paredes como un ebrio, pero de tristeza, fui bajando las escaleras muy serenamente; al paso de cada amargo escalón, mi corazón sentía un golpe, esa era la sensación causante de un gran nudo atado en mi garganta, que trataba de desatarse tras cada par de lágrimas que se desbordaban por mis ojos; un nudo que bloqueaba el oxígeno que rebuscaba con esfuerzo en aquel recinto, y que

me esfumaba toda esperanza de librarme de un oscuro juicio, por la muerte de esa chica... ¿Por qué tuve que seguirla? —Me decía mientras agonizaba en desolación—, por querer aparentar ser todo un Cristo… ahora saldré crucificado…

Mis pensamientos ya estaban preparándome para lo fatal. Ya mi mente presagiaba el ruidoso sonido de las ambulancias y las patrullas de policías afuera del edificio, o peor aún, que ya estarían adentro examinando meticulosamente toda la escena del crimen.

Apenas voy en el piso número 12, ya está visto que me bastaron 8 para cargar con toda una culpa que no me concernía; ahora faltan 8 más, para armarme de valor y defenderme por medio de la verdad, porque de una u otra manera, en mi sana sensatez yo no había asesinado a nadie; pero: ¿Me creería un policía, que yo solo seguí a una desconocida para salvarla, después de estar sentado tomando el sol en la playa?,¿Salvarla de qué?—me preguntarían—, ¿Acaso yo ya sabía que iría a suicidarse con el solo hecho de verla entrar al edificio? ¡Mmm…no! No me suena convincente, pero es lo cierto —decía mi conciencia—. En fin, ya estaba programado para recibir mi desdicha, pensaba que, al faltarme solo 4 pisos para salir de Las Colinas, debía enjugar mi llanto… o quizás no, no podría ocultar algo que fluía con gran ímpetu desde dentro de mí.

Así pasaron minutos y segundos, y ya en este punto de la película que había rodado en mi memoria, es donde empiezo a escuchar quejidos… ¿¡Quejidos!? —Dije con asombro mientras fruncía el ceño—, venían de abajo.

Con algo de extrañeza, bajé muy despacio al cuarto piso (de dónde venía el quejar), y entre divisiones de unos muros blancos, y un gran escritorio tirado al borde de la ventana, se lograba vislumbrar una sombra. Mi ser recobraba fuerzas, sentía como volvía mi alma al cuerpo. Debía ser ella… ¿Quién más? —decía mientras limpiaba mi rostro—, y me empecé a acercar.

¡Hola! ¿Estás bien…? —Fueron mis primeras palabras—. Aquella sombra no se movía, ni su “dueña” respondía, solo se oía un llanto sumergido en quejas…

¡Holaa! Te vi muy triste cuando pasaste por la playa —ya la distancia para llegar a ella se había reducido a un metro—, así que quise saber si te podría ayudar en algo, bueno... después de disculpar mi insolencia.

Fue el último paso quien me manifestó la identidad de la misteriosa sombra; caminé muy mansamente, hasta que la vi…

Era ella… lo sé por la delgada tela que se ceñía en su silueta, pero que sorpresa recibí al observarla de frente, quedé totalmente pasmado, y no

podía creer lo que veía.

La mujer más encantadora que mis ojos nunca antes habían contemplado; su piel se parecía al sol en todo su cenit, era brillante, ardiente, y suave; con unos vellos diminutos que adornaban sus brazos reposados sobre sus rodillas; su rostro se lucia tan angelical, como la primera sonrisa que da un recién nacido al conocer a su madre; su cuerpo era perfecto, sus labios rojos como pétalos de rosas, su pelo rubio crespo y sus ojos azules como el agua de arrecifes, me hacían pensar que era un ángel que se escapaba del cielo, ¡Que dulzura es la que veo! —Me digo—.

Enmudecido ante su presencia, y nervioso, empiezo a titubear…

— ¿Ho… hola… por qué lloras? —musite—.

— ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres tú? —preguntó—.

Su voz era tan tierna, que ya empezaba a disolver en el olvido toda la historia sobre el homicidio que me había inventado, ¿recuerdan?

—Te vi correr desde la playa, noté que la tristeza te invadía sin compasión, y me vi obligado por la curiosidad a seguirte, espero me disculpes —le decía mientras buscaba una excusa para sentarme a su lado—. ¿Me dirás que te ocurrió? —Le pregunte de nuevo—.

—Si te vas a sentar, ¡Siéntate! —me dijo con voz de mando, con sus ojos rojos de tanto llanto y poco encharcados aún—. ¿Me has perseguido sin saber quién soy? ¿Sin pensar que pueda ser una loca esquizofrénica que pone trampas a otros humanos para robarle sus órganos? Que arriesgado eres. No tienes por qué disculparte, no me has hecho nada malo, solo querías auxiliarme; por poco y me lanzo por la ventana, el escritorio que la cubría estaba muy pesado y al empujarlo me sentí cobarde, —dijo solloza—.

—Pero valió la pena, —dije sonriendo—. Ya no llores por favor, ¿qué es lo que te ha pasado, dime? ¡Ven…! Me acerque un poco para secar con toda confianza las lágrimas de su rostro con un pañuelo verde que nunca falta en mis bolsillos, y con una mirada suave y melancólica se enlaza a mis ojos diciendo:

—Yo esperaba sentada en el paradero de buses FQ23 a Nehylam (mi novio), salía de la universidad y de seguro, como todas las tardes me iría a recoger y llevarme a casa después de comernos un helado. Él, supervisor de un supermercado, toma media hora de su tiempo para invertirlos en mí, pero hoy fue diferente, me pareció extraño. Estaba cansada, las clases fueron muy intensas (estudio medicina en la universidad principal), la blusa se me había rasgado y me urgía salir de allí rápido, así que me cansé de esperar, y decidí ir a su apartamento,

quizás amaneció enfermo —pensé—.

Habían muchas personas en el autobús, fue muy incómodo estar rodeada de tantas mujeres y hombres, frotando nuestros cuerpos sudorosos los unos con los otros cada vez que se encontraban tras cada curva que el bus zigzagueaba, compartiendo así colores, sabores y olores de todo tipo: Buenos, como los de perfumes de buen precio que reconocía; pasables como los de las colonias baratas que irritaban mi nariz, y otros tan malos, que ya me habían mareado por completo; como los del mal olor en las axilas, el de los pies, el de la ropa sucia y otras cosas más que prefiero no recordar, ni mencionar; pero bueno eso no importa, el caso es que anhelaba salir de aquel rectángulo movible lleno de múltiples aromas.

Fueron 10 minutos… 10 interminables minutos que me tenían aturdida y petrificada hasta que por fin pude bajar de ahí. Me dirijo hacia el jardín del edificio (Palomas, donde vive), para sentarme y cubrir el rasgado con mi maletín, pero antes tomo mi celular para marcarle a Nehylam y decirle que estoy afuera… su teléfono timbraba sin parar una y otra vez tras cada llamada que le hacía, ya le había marcado 7 veces y no contestaba, me empezaba a enfadar. Marque de nuevo, pero esta vez a Heytan su amigo, seguramente están juntos:

—Hermosa, ¿Cómo estás? —me saludó con entusiasmo, como siempre—.

—Bien, espero tu igual. —Y fui directo al grano—, le puedes decir a Nehylam que tome su teléfono por unos minutos, dile que le estoy llamando, ¡Gracias...!

— ¡Ey, espera! —Me detuvo en seco—, él no ha venido hoy, así que no puedo ayudarte.

— ¿No…? ¿Entonces…?

—Pues yo no sé qué decirte, al fin y al cabo, ya van muchos días que me deja solo en el súper, ya me acostumbré. Oye Eliz, tengo que irme, debo limpiar. ¡Adiós…!

—Está bien, te cuidas ¡Bye!...

Me pareció muy extraño que no apareciera por ningún lado, ya del enojo me pasaba a la angustia, así que entré al edificio, y para colmo, ni el vigilante se encontraba en su puesto de trabajo para que me anunciara por el citófono. Quise esperarlo, pero ya me sentía fatigada, quería ducharme rápido después de haber salido de ese bus, y cambiarme de ropa.

Mientras subía las escaleras, escarbaba con mi mano derecha la galería de chécheres que se abultaban en mi maletín, así, entre cuadernos, lápices,

espejos, equipo de maquillaje y labiales, muy al fondo pude palpar el llavero circular de la llave del apartamento 602, donde él residía. Es un espacio muy amplio para solo una persona, así que a veces voy a hacerle compañía.

De haber sabido que al cruzar esa puerta me iba a encontrar con tremendo problema, mejor no hubiese entrado…

—No te detengas. Sigue contándome lo que te paso. Él estaba ahí entonces por lo que escucho, ¿Entraste? —Pregunté como un niño al que su madre le lee un cuento—.

—Sí, abrí la puerta; pero me recibió de manera muy abierta un fuerte aroma muy molesto, como el sudor reseco, más un ambiente caluroso, ¡Que feo huele aquí! ¿Qué será? —me preguntaba incomoda—; sin duda alguna mi rostro no pudo negarse a evadir ese olor, hasta llegue a pensar que se desprendía de mi cuerpo, por lo del encuentro en el bus. Rápidamente me dirigí al baño que estaba a mi extremo izquierdo, detrás de la cocina, y por error de un efímero vistazo accidentado hacia la sala, me percaté de que los cojines yacían de manera muy brusca sobre el gran sofá y sobre el suelo; pero no fueron ellos los que me robaron el afán de irme al baño, sino unos pantalones de tono Beige que los mismos cubrían.

Me acerque para agarrarlos, pero como una fuerte señal de "STOP", me detuvo ese olor que allí se tornaba nauseabundo. ¡Qué asqueroso! —Susurré—, el hedor se concentra por aquí, —dije mientras reparaba los pantalones que se mostraban fuertemente rasgados, "la moda", dije—. Era justo detrás del sofá, donde otras prendas se mezclaban, ¿De quién es esto? —Me pregunte—; un líquido viscoso sobre el piso llamo mi atención, y a escasos metros de él había un sobre comercial, "lubricante" decía…

En ese lapso, unos gemidos —como el ronronear de un felino—, despertaron en mí gran nerviosismo. Silenciosamente seguí el sonido. Llegue hasta la puerta de la habitación de Nehylam, y con las yemas de los dedos suavemente deje reposar mi oído derecho sobre ella, pero no oí nada. Cuando abrí, al otro lado solo había un desorden impresionante, como si un remolino acabara de pasar por ella, o quizás un huracán...

Seguían los gritos, ruidos violentos, suspiros, y un agitar que aumentaba su frecuencia; ya empezaba a desesperarme, mi paso andaba curioso, hasta que llegue ahí… el cuarto de huéspedes: abierto como siempre (sin puerta), una gran ventana con vista al parque, un lujoso closet lleno de zapatos en cuyo centro descansa un gran televisor, tan plano como un espejo… y donde dejar la cama, en cuyo colchón se apareaban dos cuerpos bajo una sábana que se pegaba a sus pieles, seguro del sudor —pensé atónita—. Había unos pies que sobresalían, —eran los de Nehylam, los reconocí por su peludo aspecto—, y otros que se elevaban

como los globos en el cielo, cada vez más arriba, —no sabía de quién diablos eran—, pero juntos gozaban de un placer interminable, se notaba en sus quejas.

Al ver esto, se irritaron mis ojos a tal punto que se lagrimaron, se arrugo mi corazón y le dio permiso a mi ira, sentí la amargura del tiempo caer sobre mí; no pensaba en más que tomar un cuchillo y pasarlo entre los dos, peno no… un jarrón de porcelana era el arma más cercana.

Pasado un minuto, no habían notado mi presencia; el jarrón ya se elevaba en mis manos como un trofeo listo para romperse. Di tres pasos muy minúsculos hacia ellos; sus cuerpos empezaban a retorcerse y sus alientos llenos de fuerza se fusionaban como triunfantes. Fue ahí en ese último soplo, donde lo deje caer con mucha fuerza sobre ellos. Sus pedazos quedaron repartidos en los cuerpos inmóviles sobre la cama, ¿Los maté…? —No lo sé—, solo sabía que debía irme rápido. Por suerte, aun el portero no estaba en el portón del edificio, así que no hubo quien me viera, ni mucho menos quien me detuviera.

Fue de tanto correr y correr que llegue hasta este lugar para esconderme, y reflexionar lo que había cometido.

—O sea que dejaste dos cuerpos abandonados en una muerte paulatina. —Dije aturdido cuando termino su relato—.

Lo que hizo tu novio está mal; pero lo que le hiciste tú es mucho peor, ¿y ahora…? ¿Qué harás? —pregunte—.

—Ayúdame por favor… al menos para llegar a mi casa. —Con su vos de súplica y sin duda su belleza, me convenció—.

—Está bien, ¡vamos…! Olvidemos un poco lo que acaba de suceder. ¿Cómo te llamas? —Le pregunte mientras salíamos de aquel edificio—.

—Soy Elizabeth del Castillo, —su apellido me callo como una astilla al ojo, pues me era conocido—, y tú ¿Cómo te llamas?

— ¿Yo?, —extendí mi mano—, me llamo Hélder Davidson, (ese soy yo, quien escribe estas líneas. Un joven de apenas 22 años, de tez morena, ojos miel, estatura de 1.80, delgado y de pelo corto, tan negro como la oscuridad, y tan suave como la lana). Ya estamos presentados, —dije al ver que ya no había lágrimas en su rostro. Se veía muy tranquila para ser alguien que acababa de cometer una locura—.

— ¿Estuviste llorando también? Tu vista brilla, ¿y qué le pasó a tu rodilla? Se ve lastimada, —pregunto—.

—Mmmm no, no fue nada, fue la arena que me echaste al pasar por la playa, toda me salpico en el rostro; y por la rodilla no te preocupes, está todo bien. —Tuve que inventar para empezar ganar puntos—.

Después de cinco minutos de conversación andante, aclaramos la situación que acababa ella de vivir, y llegamos a la colonia Los Alpes.

—Mi casa es aquella que está en el centro, —señalaba Elizabeth con sus dedos—, ¿Si logras verla? Es la de blanco con dos pisos, la del portón con estilo moderno y jardín tipo renacimiento.

—Ja, ja, ja, ja, ja, no es necesario que me des tantas indicaciones, ya la vi, —hablé con un tono de gracia—. Por fortuna entendía lo que me decía.

Yo vivo dos cuadras más atrás, estamos cerca, que casualidad, nunca te había visto por aquí.

Ven te acerco hasta tu casa, de ahí me doy la vuelta para llegar hasta la mía.

—No… déjame yo llego sola no importa, —se notaba nerviosa—.

—Deja que te acompañe, —insistí mientras nos acercábamos…—.

—Está bien, qué más da, igual ya llegamos, —se expresó como un aliento que sale sin ganas—, no entendí el porqué, pero no le di importancia, lo valioso fue que la convencí de que le hablara a su novio para saber cómo estaría, en fin, según ella ninguno de los consolados bajo las sábanas la vieron…

Llegando a su puerta, salieron sus padres. ¡¡Claro!!! —Grite dentro de mí—, conocía a sus padres, ya los había visto antes.

—Hola Hélder, —dijo su madre con una sonrisa—.

—Hola hijo, —hablo su padre con mayor entusiasmo—, él era conocido en todo Valencia, bueno… en gran medida; pero más aún en toda la colonia. Tenía una gran fama.

¿Qué de donde los conozco? De ningún lado, solo que cada vez que pasaba por esa calle los saludaba de la misma manera que ellos a mí, simplemente un hola, y un adiós, como el de hace un minuto cuando me despedía también de Elizabeth. Ya voy caminando a casa. No voy a negarles que estaba encantado con la belleza de la chica "perfecta" según yo; la aré mi novia, —me propuse, y así será—, (iba a terminar con el tal Nehylam según me dijo). Es que era tan hermosa la verdad, que en ese momento no me importó pensar que me estaba metiendo con la única hija

de un hechicero con gran experiencia…

En el recorrido a casa, saludo a mis vecinos con gran ánimo, a mis tíos más cercanos y a mis amigos de la cuadra. Al llegar, me encuentro con una linda flor regando sus semillas, esa es mi madre, Doraly Hernández; la saludo con un gran abrazo y un beso lleno de alegría:

— ¿Cómo estuvo tu día hijo? —Me pregunta—.

—Si te confieso lo que me paso no me lo vas a creer, —dije con una gran sonrisa en mi rostro—.

—De seguro estuvo muy cómico, como siempre te pasa, ja, ja, ja, ja, ja —reía con disimulo—.

—Me voy a la habitación mamá… Oye ma' ¿y los muchachos? (mis hermanos).

—Ya sabes, —musito—, están en el colegio. No te vas a dormir, luego te llamo para cenar.

—Está bien, —respondí mientras subía las escaleras—. ¡ME SIENTO FELIZ! —vocifere dentro de mi alcoba, ya se imaginarán por qué…—.

Yo era un chico muy querido y conocido, todas las personas se sentían agradables y agradecidos con mi forma de ser, y eso me llenaba de ánimos para seguir creciendo en mis valores éticos. Me gustaba mucho pasar el tiempo solo, pues en él encontraba una paz que ningún otro espacio me daría, sin descartar a los naturales. Leer, escuchar música clásica y romántica, pasear, y entre otras cosas, eran de mis pasatiempos favoritos; pero lo más valioso venía cuando en mi habitación me sumergía en las cavilaciones que me hacía cambiar cada día. Era así, pensando estando recostado en mi recámara, que me dormía hasta esperar la cena…

Después de tres horas de sueño, ya me encuentro con todos en el comedor devorando el menú que había preparado mamá.

—Hélder, ¿Qué hiciste el día de hoy hijo? —Pregunta mi padre—, (llamado Sanders Davis: alto, delgado, moreno, de ojos claros, y el resto de descripciones que me componen a mí, sí, porque soy la copia exacta de mi padre), ¡Que desgracia!

—Hoy estuve en la playa, y después de eso me fui a la biblioteca a preparar unas tareas de la universidad. —debí ser muy conciso y no contarle lo que me paso con Elizabeth, pues si lo hiciera, antes de que terminara de relatarle la historia ya me estaría cobijando un regaño lleno

de malas frases—.

— ¿Y ustedes…? —Pregunta muy serio a mis hermanos—.

Luis, de 15 años, lo ve a los ojos y le responde: —Mañana debo llevar el dinero para las materias, si no lo llevo me devolverán a casa; eso fue lo que me dijo la profesora en medio de todo el salón de clases, ¿cómo crees que me fue hoy padre después de esa pena…?

Papá no respondió más que: —Toma el dinero, entrégalo a la profesora y dile que me llame para saber si eso fue cierto.

Después, con un giro de cinco centímetros a su derecha en la mesa, poso sus ojos sobre Bryan, (el menor, de penas 12 años).

— ¿Y tú porque estas tan callado? ¿Hay algo que debas decirme? —Preguntó frunciendo el ceño—…

— ¿Qué te paso en el brazo? —le pregunto mi madre desconcertada—.

Fue ahí donde despacio se levantó mi padre del comedor y con detalle lo observo, eran marcas rojas o moradas, no pude observarlas muy bien.

— ¿Y esto que significa? —Preguntan de nuevo con tranquilidad—.

Bryan, con la mirada puesta en no sé dónde, les dijo que se había peleado con un chico de su salón por hacerle burla a Luis, y que mañana se necesitaba la presencia de uno de los padres en la dirección de la institución.

Sabiendo Luis de la situación de Bryan, no dejo escapar ni una sola palabra de su boca, mientras el pobre ya estaba sudando en la mesa porque ya sabía que lo que le vendría encima no sería nada bueno. Los aires se empezaron a tornar calientes entre la discusión de cuál de los padres iría al colegio, él rogaba que fuera papá, pues él era más tranquilo; en cambia mamá, después de ir, en casa lo castigaría muy fuerte.

Para su desdicha, quien decidió ir al final fue mamá, ya sabremos cual será el desenlace de la historia.

El reloj marca las 10:00 PM, ya es mi hora de dormir, mañana será un buen día, así que me acostare esperando soñar con un ángel caído del cielo… ¡¡¡No no!!! Perdón, con un ángel del cielo, Elizabeth...

Martes 14 de enero.

Voy camino a la Universidad Nacional de Madrid, allí estudio, — ¿pensaron que no? Después de los paisajes, estudiar mucho es mi segunda pasión—.

En el camino, mi par de transporte anatómico se ven rodeados de muchos otros más: unos con mucha prisa, como en mi caso; otros cubiertos con pantalones negros, blancos, grises, verdes, naranjas, amarillos; ajustados y otros sueltos, largos y cortos, de estampados múltiples y texturas mixtas; encapuchados o forrados con zapatos de infinidades de estilos, unos que permitían la frescura del aire en su interior, y otros que ocultan quien sabe qué.

Al llegar a la Universidad, me recibe un gran atrio rectangular; en frente, como a escasos 50 metros, en la tarima de escenarios, están sentados cuatro, cinco o hasta seis, esos son los chicos del combo, grupo o clan en el que yo hago parte…

—Buenos días chicos, ¿Cómo están? —empiezo a saludar a cada uno.

El primero es Lían, de 22 años; hijo único del señor y señora Duvally. Su baja estatura lo convertían en el "niño" del salón; pero su poblada cabellera y barba, nariz pequeña, y ojos verdes, diferían con tal parecer.

Tenía una novia a la que solo conocí una vez en fotografías, lo cierto es que era muy hermosa, con un cuerpo modelado y un poco más alta; un carro último modelo regalado por sus padres, ambos económicamente muy solventes; buena vestimenta, y los mejores dispositivos tecnológicos. Era dichoso por tener lo que el dinero podía comprar; pero lastimosamente despistado para el estudio.

A su lado está Raimon, quien a sus 23 años ya era uno de los más distinguidos no solo en el campus universitario sino también de las fiestas más famosas de Valencia. La verdad es que no tenía dinero, para nada; pero su atractivo físico despertaba cualquier intención en las chicas. Era todo un Adonis.

Su piel blanca cubría la esbeltez atlética de su cuerpo, cuya estatura era la ideal preferida por las doncellas; unos labios rojos que contrastaban con el azul de sus ojos encendían la lisura de su pelo, más la actitud tan peculiar y arrebatada que caracteriza a las personas populares al creer que sus palabras son las de mayor peso en una conversación, y que la mejor vida es la de los fines de semana, cuando los tragos prendían la noche.

Por lo tanto, era ese aspecto tan arrogante el que desviaba mi vista de su confianza, y me guardaba precavido de esperar una buena amistad de él, pues su popularidad no era solo por ser atractivo, andar en antros o fiestas, y vestir a la moda; sino también por hablar de los demás a sus espaldas. En el salón era muy atento y responsable, siempre y cuando el

alcohol no le hiciera olvidar la tarea.

Luego saludo “al señor" Lucas (así le decimos de "cariño") con su intrigante mirada llena de misterio y la sencillez que lo hace ver como una excelente persona. Con 26 años, es el más grande de todos (por no decir viejo), ya tiene su propio apartamento, y trabaja como guardia de seguridad en el edificio Brisas del Mar.

Frustrado por no ejercer sus actividades como profesional del arte, optó por estudiar Biología, cumpliendo así el deseo de sus padres que están en el cielo.

Su vida es muy reducida y rutinaria, dado a que solo trabaja y estudia. Los fines de semana los usa para asear, ordenar y descansar. Es un buen compañero de clases, pero su forma de ser no se mostraba del todo amigable, ya que evadía la compañía de ciertas personas.

Sus prendas preferidas eran las de colores claros, las cuales se matizaban en su piel; siempre usaba unos lentes oscuros, zapatos cafés, más un sombrero que evocaba el atuendo de los años 80'. Sus pasos serenos y sigilosos lo hacían notar siempre como alguien sospechoso de algo, o inquieto por la presencia de quien pudiera invadir su espacio; pero su decencia se reflejaba en una increíble sonrisa que le otorgaba la gracia de parecer un chico agradable.

—Hola Alex, ¿cómo estás?

—Bien Hélder ¿y tú?

— ¡Súper! con mucho sueño pero aquí estoy, con toda la energía para hoy.

Alex es mi mejor amigo, el primer compañero con el que cruce palabras en la Universidad, es humilde y respetuoso aparte de ser muy inteligente. Es el más negrito del salón, su altura es la promedio y su cuerpo algo robusto. Vive con su madre, quien es ama de casa, su economía no es la mejor pero son felices con lo poquito que tienen.

Algo a destacar de este mi gran amigo, es la confianza que me tiene, aunque yo no pueda decir lo mismo porque uno de sus mayores defectos es la imprudencia, pareciendo no serlo porque es muy callado, y lo más probable es que no sepa guardar secretos.

Y finalmente está Eliot Cabrera Paz, el más osado de todos y revolucionario si de políticas se tratase, tiene apenas 20 años y en su cabeza acumula un mundo de ideas y habilidades que lo convierten en el mejor de la clase. Es divertido, pero algo loco. Sale con temas inapropiados ante un público inadecuado, pero quizás su ambiente familiar

sea el causante de tal libertinaje. Es el segundo hijo de los Cabrera, una familia muy exigente, pero abierta a las peticiones de sus hijos.

Su piel trigueña, ojos claros, cabello negro y su carisma, también lo hacían distinguir entre los demás, aunque su hombría tenía en dudas a muchos...

El atrio era siempre nuestro punto de encuentro, ahí platicábamos lo acontecido día a día en cada una de nuestras vidas, antes de que la campana de ingreso a las primeras horas de clase repique cinco veces cada segundo. Por infortunio el sonido llego detrás de mis espaldas, es hora de aguardarse en el salón…

Mi puesto y el de los demás es por dónde están las ventanas, ahí me siento a esperar de forma obediente como un niño, al profesor...

Pasan los minutos, y el docente no llega; en cada fila hay un discurso fusionado de cada uno de los estudiantes, que en su conjunto componen una orquesta, cuya sinfonía no tiene quien dirija la batuta, siendo esta más aturdidora que horrorosa.

En esas se me acerca Eliot y me dice:

— ¿Notas que Lían está un poco pensativo?

De seguro discutió con su novia, o lo robaron por andar luciendo sus teléfonos por las calles. —Dije así mismo.

—Yo lo veo normal, cómo siempre. Así es su cara, que le vamos a hacer.

Deja salir una leve risa.

— ¿Y si le preguntamos qué le pasa? —Propone Eliot.

—No, de seguro él luego nos cuenta... —Respondí.

— ¿De qué hablan? —Pregunta Alex al acercarse.

—De nada, solo que vemos a Lían algo pensativo y nos preocupamos un poco. —musite.

A pesar de que había momentos en los que no conversábamos mucho, siempre existía ese sentimiento estimativo hacia cada uno. Éramos un grupo destacado en el salón.

— ¡Am! Debe estar preocupado porque su padre no aparece.

— ¿Cómo es eso? ¿Acaso está desaparecido? ¿Y cómo sabes tú eso Alex? —cuestiona Eliot.

—La mamá de Lían estuvo en mi casa el fin de semana conversando con mi madre, y escuché que estaba muy preocupada porque que su esposo no llegaba a casa. Decía que todos viernes él salía muy bien vestido y aparecía los lunes como si nada, sin saber en qué andaría, o mucho peor ¿Con quién?

Pero no le vayan a decir nada de esto, la conversación entre ellas era muy secreta, solo que no contaron con que yo estuviera escuchando detrás de la puerta.

—Tranquilo, —dije despacio mientras observaba a Lían—, no diremos nada…

—Miren. —Dice Alex—. Ahí viene...

—Q'hubo muchachos. ¿Cómo están?

—Bien Lían. —Respondemos en fila. Con tal naturalidad en nuestros rostros, para no mostrarnos enterados de lo que le ocurría. ¿Y tú, qué tal? —le pregunto mientras toma una silla para sentarse.

—La verdad, no me encuentro muy bien. —dijo desanimado.

—Mi padre salió este fin de semana y aún no ha vuelto. Y lo peor es que mamá piensa que él debe de estar con otra mujer.

—Qué feo es eso Lían. —Dijo Alex cómo si no supiera ya la noticia. ¿Y lo has buscado?

—Si claro, usé el GPS y otras apps para localizar su teléfono, pero me sale esto: Calle Steellwar3°A1 Av.- 56B, —nos muestra—. Esta localización me aparece de forma fugas, por fortuna logré escribirla. Es bien lejos, y al parecer es un sector comercial e industrial.

—Tú lo has dicho, es una zona industrial. —Farfulla Eliot—. Tú padre es hombre de negocios, quizá esté concretando alguno por allá, y seguramente esta sin señal. ¿Ya fuiste?

— ¿A dónde? —pregunta Lían frunciendo el ceño.

—Pues a esa ubicación.

—Te digo que es muy lejos Eliot.

—Pero... Tú tienes auto, ¿Que te detiene...?

— Me inquieta ir a un lugar que no conozco, y estando solo mucho peor.

En ese instante todos nos veíamos las caras como tratando de decir algo...—Nosotros te acompañamos. —dije.

— ¿En verdad...?

—Mmm... Si... Claro. —Titubeo Alex—, igual hoy solo tendremos pocas horas de clases. Estaría bueno irnos después de la última campana...

Oigan chicos, y a todas estas, ¿Dónde está Raimon?

—Tú sabes que siempre llega tarde. —dije.

—Pues yo no creo que llegue, o que venga hoy a la Universidad. —Dice Lían con total seguridad, pues él vive detrás de su casa, en la otra calle—. Ayer había una súper fiesta en el barrio, y de su casa emitía el gran sonido de la música. Esta mañana que venía, pase para ver si estaba listo, y lo encontré tirado en el andén con una botella de licor en la mano.

— ¡Qué tristeza! —Emite con pesar Eliot—. ¿Y lo dejaste ahí?

— ¡Claro! ¿Por qué a de moverlo si yo no tengo nada que ver con su embriaguez?

—Bueno pues tienes razón...

—!!!BUENOS DÍAS JÓVENES!!! —Se escuchó en el salón—. Todos se han callado, y vuelto a sus puestos—. Era el profesor.

—Nos vemos ahora a la salida entonces, —farfullo Lían mientras volvía a su silla...

— ¡Organicen sus asientos y saquen sus apuntes…! —Dijo Magnus Fernández—, (docente de matemáticas), quien llegaba una hora después de la clase. A sus espaldas, con gran esfuerzo y un aspecto facial espantoso, venía un cuerpo tambaleando, era Raimon, quien al ver que todos lo observábamos con extrañeza, se ocultó al fondo de la sala.

¡Si vino! —Dije atónito asimismo—. Seguramente los otros chicos igual…

El maestro era un hombre de carácter muy serio, de poco sonreír, generaba pánico acercarse a él.

Su cuerpo esbelto, atlético, su piel canela, ojos claros y pelo encrespado, traían locas a todas las muchachas de la universidad; quién sabrá a

cuantas no ha llevado a su cama por subirles una calificación, o exonerarlas de algún examen; en fin, era el macho alfa de los docentes en su campo; pero a pesar de todo, sentía que era un hombre muy extraño por ser tan callado, y por la forma en que observaba a los demás me preguntaba ¿Qué había detrás de sus ojos? ¿Por qué será así...?

Pero en ese instante me mostré muy indiferente en resolver tales dudas sobre él, para dedicarle mi atención a los temas de su clase…

Las horas de sus intensas charlas y ejercicios profesaban la posesión carnal de un espíritu indolente, llamado ¡Pereza! La verdad es que después de las horas, los signos, los números y las incógnitas ya no ingresaban a mi cerebro…

¡Riiiing! ¡Riiiing! —La campana declaraba el fin de tercera hora—.

—¡¡¡Libres!!! Qué alivio, —dijo Raimon mientras estiraba su cuerpo como un gato sobre el suelo; como no… si durmió las dos horas como si aún estuviera en el andén de su casa. No sé cómo le hacía para sacar las mejores notas.

Al salir del salón de clases, no sé si nos iremos a buscar al padre de Lían, o comeremos primero. Como si hubiese leído mi pensamiento, escucho a Alex decir:

—Vamos a comer algo a la cafetería, luego nos vamos.

—Está bien, vamos. —opina Lían—.

Yo disentí diciendo:

No tengo mucho dinero para gastar ahora. — ¡Mentira! Pues si tenía, pero no quería tocarlo porque quería comprar algún detalle para Elizabeth —. Yo me quedo.

—No te preocupes por eso, yo te invito. —Dijo Eliot.

— ¿Y para dónde van? —Pregunta Raimon con un gran bostezo que abarca su boca.

—Iremos al sector industrial por mí padre, —Responde Lían—. ¿Vienes?

— ¿No es muy lejos? Además he escuchado que esa zona es algo misteriosa, no se ven muchas personas por las calles. Yo me quedo, igual estoy muy mal por el alcohol que tome ayer, nos vemos en la próxima clase. Que les vaya bien.

—Está bien, que descanses. —Le dije mientras nos da un apretón de manos…

La comida estaba muy deliciosa, —Pensaba mientras íbamos en el carro de Lían, un Peugeot 3008 color rojo proveniente de Francia, lo último en tecnología diseñado por la empresa. Su sofisticado sistema nos daba tanta comodidad, que lo único que faltó fue que nos sirviera algunas bebida (sin alcohol) en copas.

El camino hacia la dirección parecía muy prometedor, pues en el trayecto conocimos lugares que no pensamos que tuviera Valencia; viviendas de millonarios, paisajes naturales muy elegantes, lagos, ríos, bosquecillos; y paisajes artificiales. Luego ese tramo vial con vistas tan fantásticas se vio aterrado por dos bosques espesos de árboles y arbustos a ambos lados de la carretera, la verdad es que era muy inquietante pasar…

15 minutos después de tantos kilómetros recorridos, vemos las mismas barreras vegetales que nos hace pensar que andamos perdidos. Eso es lo que piensa Eliot algo nervioso.

—Espera Eliot. —Musita quien conduce. Cálmate, aún faltan 10 kilómetros, esto es parte del trayecto. No estamos perdidos.

—Ok. ¡Sigamos!

Pasaron pronto otros 15 minutos cuando nos vimos inmiscuidos en un lugar solitario.

— ¿Esta es la zona industrial? —Pregunta Alex vigiando de un lado a otro por las ventanas.

—Tal parece. —Le dije—.

Los edificios y casas quedan muy aislados unos a otros, todas tienen letreros comerciales, al menos eso nos hace sentir bien.

Nos bajamos del carro una vez estacionado. Una placa nos presenta la avenida.

—La dirección es por aquí. —Dice Lían mientras nos señala con su brazo. ¡Vamos!

Pasamos tres calles. Con ayuda de las placas impregnadas en las fachadas de las casas, la nomenclatura nos decía que estábamos cerca…

— ¡Miren! Es aquí, Calle Steellwar3°A1 Av.- 56B. —Dice Eliot…

Es solo una casa común y corriente, tiene un taller de mecánica en el primer piso, y el segundo luce como una casa de ancianos. Las cortinas se mueven de un lado a otro sin verse quien hay detrás, seguramente es el viento y la casa está vacía, aunque hay una puerta negra al lado, debe ser su entrada.

—Aquí no hay nada. —Dijo Alex, y yo lo afirmo.

—Mi padre no puede estar aquí, a él no le gusta la mecánica.

—¿Estás seguro que es la dirección? —pregunto.

—Sí. Eso es lo que decía el GPS.

Lían para resolver sus dudas tomó su celular para llamar a su padre. Después de tantos intentos, su esperanza ya agotada le bajaba los ánimos para seguir intentándolo. De repente timbra su celular. Entusiasmado de pensar que era su padre, lo tomo.

— ¿Hola? ¿Papá?

—Hola hijo, soy tu madre.

— ¡Amm! Hola mamá. —Dijo Lían sin aliento—. ¿Qué necesitas?

—Hijo tu padre ya está en la casa y está preguntando por ti, ¿Ya saliste de la universidad?

—¡¡¡Ya apareció!!!

—Si. Dice que se le presento una reunión extraordinaria en la ciudad, ya sabes, cómo las otras veces. Pero lo bueno es que llegó bien. Vente en cuanto salgas.

—Ok mamá, voy en camino…

— ¿Qué pasó Lían? —Pregunte.

—Ya apareció mi papá, dice que estaba en la ciudad. —Respondió.

— ¿En la ciudad? —Pregunta Eliot mientras frunce el ceño—. Pero y entonces… ¿por qué nos dijiste que su ubicación era está?

—Pues eso fue lo que me marcó el GPS. También me parece extraño eso. —Musita Lían.

La verdad es que era muy confuso que el padre de Lían estuviera en la ciudad, los aparatos tecnológicos son muy precisos. Yo sí quedé muy

pensativo, pero bueno… ya estamos de vuelta en el carro.

Durante el camino nadie dijo ni una sola palabra de lo que pasó, todos veníamos cabeceando del sueño, hasta llegar a la universidad para cada uno tomar los diferentes rumbos a casa.

Durante el camino no pensaba más que querer ver a Elizabeth, le daba tanta importancia que prefería aguantar hambre todos los días durante el descanso, con tal de llevarle un detalle y complacer sus gustos, ¿Así es estar enamorado…? ¿Así es el amor, o la idiotez?

Jueves 30 de enero.

Los días pasan muy rápido, y no dejo de pensar en Elizabeth. La verdad es que ella se ha convertido en el foco que ilumina mi sonrisa, y en el sol que irradia mis mañanas. Saben que me gusta demasiado. Quiero proponerle que sea mi chica, pero no sé cuándo y en qué momento.

Ya hemos salido tres veces pero a caminar muy cerca de su casa; en su angelical apariencia se reflejaba la paz que contenía su corazón, ese pensar me hacía morir de enamoramiento por dentro.

Me propuse acercarme más a ella y a sus padres, ya sabrán con qué objetivo. Debía ganarme a mis futuros suegros, más a su papá, ya saben el porqué. Y es que en realidad el sentimiento de amor o enamoramiento, te hace olvidar cualquier riesgo que puedas tener al querer meterte en una relación. No a cualquiera le gustaría tener por suegro a un hombre conocedor de magia negra.

Ahora la calle por la que vive es mi camino principal, pasaba por ahí con la única intención de que me observara y me hablara; en ocasiones ocurría, pero en otras no.

La amistad iba germinando a frutos de enamoramiento. Las visitas pasaron de dos días a la semana, por la semana entera ¿¡Podrán creer!? Eso da mucho que pensar. Eran en las noches, cuando ambos ya estábamos desocupados. Yo salía de la Universidad y compraba algo para llevarle a casa, (chocolates, flores, obsequios decorativos, etc.) Así era siempre. Estaba loco por ella, lo que me pedía, en lo poco que yo tenía, se lo daba…

Ahora voy a visitarla, solo llevaré un chocolate, me llamó para pedirme ayuda en sus tareas, y es algo a lo que no me negaré.

En el camino me habla la esposa de mi tío, Stephanie.

—Hélder, ¡ven acá! ¿Me puedes ayudar con estas actividades de mis

niñas? (mis primas). Es que no la entiendo.

— ¡Oh! No tía, ahora voy para donde Elizabeth, pero te prometo que apenas termine de ayudarle a ella, vengo contigo. —Le digo muy deprisa.

Ella con un gesto muy gracioso y cariñoso me dice:

—Se nota que estás enamorado de esa muchacha, ¿o me equivoco?

—Ja, ja, ja, ja, sonrió y le digo: ¿Se me nota mucho? Es que esa mujer es muy hermosa tía, está buena por dónde se le mire, es un placer para mis sentidos, verla, olerla, escuchará, y tocar su mano. —Dije suspirando.

Stephanie solo sonreía al escucharme hablar así, y me dice:

—Bueno… te esperaremos en la casa entonces.

—Está bien, ahora voy. —le dije…

Al llegar donde Elizabeth, la encuentro asomada por la ventana, seguramente estaba ahí pendiente de mi presencia. Al verme salió para recibirme en la entrada.

Usaba un Jean gris muy ceñido que le llegaba a las pantorrillas, y una blusa que ponía al descubierto su sensual abdomen y sus voluminosos senos.

Yo evitaba tener ciertos pensamientos algo perversos, así que evitaba mirar lo que me los generaría, ya saben.

—Hola Hélder. —Saluda extendiéndome su delicada mano.

—Elizabeth, hola. ¿Cómo estás?

—Muy bien, algo preocupada por no entender la tarea que es para mañana. ¡Ven! Entremos.

Dio media vuelta y empujó la puerta para entrar.

Dentro estaban su padre y madre viendo un programa de TV, al verlos me entusiasmé un poco.

—¡¡¡Hola hijo!!! —Dice su padre con el mismo ánimo de siempre—. Pase y tome asiento, ya mi esposa le trae algo de tomar.

Qué amables son sus padres. —pensé.

Al tomar la silla, con un gesto muy discreto trato de ojear la casa en su interior.

La verdad es que era algo muy escalofriante, todo era muy oscuro y sus espacios reducidos; habían látigos peludos sobre las puertas con rosarios sin Cristo, bolsas cargadas con muchas yerbas, botellas llenas de agua, eran muchas, ollas llenas de carbón después de uso, cartas del tarot, y muy al fondo en el patio, emanaba un silencio que cubría la mitad de la casa.

Ya estamos en la mesa, resolviendo los problemas de nomenclatura química, le explicó de tal forma que pueda comprender, mi voz suave da la calma y el ambiente romántico para que ella se sienta bien tratada.

Al lapso llegan sus hermanos, son tres, Mirlo, Arturo y Marcus; farfullan su saludo hacía mí, con velocidad entran a la cocina, toman mucho no sé qué, y vuelven a salir. Al mismo ritmo les dice su padre:

—Ya casi es hora muchachos. ¡¡¡Ya casi!!! —Dijo sonriendo mientras se dirigía supongo yo, a su habitación con el control remoto…

¿Por qué será que les dijo así a los chicos? ¿Ya casi es hora para qué? Me preguntaba asimismo, yo tenía mis pensamientos divididos entre la tarea, y la vida social al interior de esa casa…

—Hemos terminado, —dije con un suspiro al final…

La veo a los ojos… y observo la dulzura en su interior, son radiantes, brillan, parecen luna y su resplandor, veo el brillo de las olas del mar, veo la inmensidad del mismo en ellos, son poesía encarnada, son cantos de amor, son compás y armonía.

Sus labios… ¡ay sus labios! rojos como las rosas… quisiera probarlos, ¡Deseo probarlos! se ven tan suaves como sus pétalos, y tan sensibles como su belleza. ¡Qué mujer tan divina Dios!

Ella me observa sonrojada como si mi pensamiento le fuese hablado al oído…

No precise el momento en el que nos quedamos solos, yo estaba algo nervioso. Elizabeth se levanta, da un vistazo hacia la habitación de sus padres, y se vuelve a mí, que estoy cerciorándome de que la actividad haya quedado bien; cuando de repente siento cómo un par de delicadas manos de lana voltean mi cabeza como un reloj de arena, y me besa.

¡Wow! ¡Qué rico! —Fue lo que dije en mente—. Me erice por completo al sentir como sus labios se enlazaban a los míos, con mis ojos cerrados, aquel beso me hizo ver las estrellas que iluminaron mi temor al querer

proponerle que fuera mi novia. Fue romántico, fue confuso. Primero porque me hacía saber que sentía lo mismo que yo por ella; y segundo, si me dio ese beso, es porque… ¿somos novios ya? ¿Pero yo aún no le propongo eso? No sé… pero es seguro que aceptara cuando se lo proponga.

Aquel beso lleno de ilusiones y esperanzas termino en un minuto. Fue muy sencillo, la verdad es que no soy un experto en eso, pero mis labios carnosos hicieron que ella tomara el control de todo…

—Gracias por ayudarme Hélder. —Dijo como si nada hubiese pasado—.

La magia que había en sus ojos hace un rato había desaparecido. Que extraño, —dije asimismo.

¿Qué pasó? —me preguntaba—. La besaste mal —me grita el subconsciente. Tonterías, ni le prestó atención a mi mente, nunca hago algo mal aunque sea la primera vez.

—De nada Elizabeth, sabes que cuentas conmigo. ¿Te pasa algo? ¿No te gusto como besé?

Se sonroja y me dice:

—Si me gustó —Dijo sin encanto alguno—. Solo que tengo que descansar para madrugar mañana y quería seguir hablando contigo.

"Quería". Esa es una forma de decirme que yo debía volver a mi casa.

—Amm!!! No te preocupes hermosa, si quieres hablamos mañana. Es más, ¿que tal si vamos a cine?

—Me parece buena idea, ¡Acepto! —Dijo alegre.

Ojalá así me responda a mí para ser mi chica. El cine sería el escenario preciso para proponerle, debo planear como lo haré.

—Bueno… mañana paso por ti en la tarde. Chao. Y si un beso en su mejilla.

Viernes 31 de enero.

Hoy iré a cine con Elizabeth. —Es lo primero que se me viene a la mente mientras estiró mi cuerpo en la cama después de desperrar—. ¡Verdad que sí estoy alegre por eso! Acto seguido estiro mi mano hasta el Nochero para ver la hora, mi teléfono me dice que falta ¼ para el medio día.

Desperté muy tarde... así es siempre cuando no tengo clases en la universidad. Dios quiera que mamá me haya guardado algo para desayunar, —dije entre bostezos mientras me dirigía al baño.

Al bajar al comedor, encuentro dos platos, uno con huevos revueltos y cubos de queso, y en el otro tajadas de pan; también hay una tasa de chocolate que excita mi paladar al ver en su color la espesura de deleita mi lengua. Me acerco a la mesa y veo una nota que dice: Hélder, así que tome asiento, y empecé a devorar uno de los tantos gustos que tiene la mañana.

En cinco minutos ya había acabado con todo, puesto que mi madre no está en casa, procedo a lavar la losa sucia que había en la cocina, de vez en cuando hay que ayudar a las mujeres en sus oficios, es algo de lo que soy consciente. Terminado esto vuelvo a mí alcoba, allá me espera más limpieza por hacer; hay zapatos y prendas de vestir por lavar y ordenar, creo que lavaré las sábanas también; hay que quitar el polvo acumulado en el clóset, los nocheros, la cama y el TV; debo barrer y trapear para finalmente descansar…

Cuatro horas después del profundo aseo, deje caer mi cuerpo cansado sobre la cama, aún faltan dos horas para ir por Elizabeth, así que tomo uno de mis libros preferidos, y me inmiscuyo en el fantástico mundo del conocimiento…

El reloj marca las 06:00 PM me dice la alarma, dejo mi libro al lado de la almohada y me voy a la ducha. Me pongo ropa muy sencilla, no tengo mucho dinero para vestir cosas de marca, pero procuro verme bien con lo que hay…

Pasé por ella a su casa y nos fuimos. Llevaba un vestido color magenta que bailaba en su cuerpo tras cada paso que daba, la verdad es que ese color contrastaba con su piel, convirtiéndola en un retrato perfumado por los dioses.

Durante la película nuestro ambiente se tornó agradable (romántico), así que entre sonrisas nos veíamos a los ojos y nos tomamos de la mano, como una “pareja”.

Luego de dos horas llenas de risas, asombros, intrigas y tristezas fugaces, terminamos de ver el espectáculo producido por el séptimo arte, nos separamos las manos (cosa que no quería) para salir de la sala oscura, y retornar a casa.

Al salir nos perdimos en una horda de personas que se paseaban por el boulevard, así que decidimos entrar a “Coffe” (un sitio cómodo y concurrido), para tomar alguna bebida… Yo solo cumplía el papel de ser el hada madrina de Elizabeth durante las citas que teníamos, así que gastar

en bebidas y demás no me importaba.

Mientras ella observaba la nevera de jugos naturales, me fui muy sigilosamente al local de al lado para comprarle una rosa y llevar a cabo mi plan. Le compré un ramo de claveles, y entre los suaves pétalos y alisados tallos abrazado por sus hojas, le introduje una

Capítulo 2

2.DOMINGOS DE SANTIDAD.

Y se avivaron las rosas cuando sintieron el abrazo dulce de la luna, sus mustios pétalos sumergidos en melancolía se vistieron con su resplandor; sus ojos sumidos en llanto aludieron el titilar de las estrellas, cuando miraron en el cielo las tiernas manos de su creador.

Domingo 9 de febrero, 09:00 am.

"□♪□♪♪…Todas las mañanas entra por mi ventana el señor sol, doy gracias a Dios por otro día más. Hoy como otros días yo seguiré tratando de ser mejor, y sonriendo hare las cosas con amor…♪♪□♪□".—Suena el despertador—.

Con esa melodía me levanto entusiasmado de la cama, mi cuerpo se torna alegre y eufórico; con saltos carnavalescos me termino de animar y me dirijo bailando hasta la ducha… ¡Me siento alegre!, ¡Gracias Dios! —Vocifere—. Al salir procedo a vestirme, y estando listo ya, salgo de la casa. ¿Adonde? A la Iglesia, a adorar al "Señor".

Tomo el bus que más cerca me deja a ella, y con mucha serenidad me siento a esperar unos minutos… Durante el recorrido, procuro evadir todo tipo de contacto físico, visual o psicológico, que me haga suscitar algún pensamiento que ofuscara la intención de mi traslado…

Mientras voy en camino, les explicare:

Desde muy chicos, mi querida madre nos ha inmiscuido en el sagrado mundo del cristianismo, presentándonos a Dios como nuestro ser supremo, poderoso y creador. Anteriormente asistíamos a la iglesia "Cristo es la vida", pero por su ubicación tan lejana, debimos trasladarnos a una más cercana. Me ha gustado mucho, y no pienso alejarme de esa casa espiritual, no por la apariencia de su lujoso aspecto, sino por el mensaje de Dios que he recibido allí. A ella, solo vamos mis hermanos y mi madre, mi padre no, aun no entiendo el ¿Porqué…?

Notaran que he salido solo de casa, pues mi madre siempre se va más temprano de lo normal.

Nadie, ninguno puede desayunar, vamos buscando el cuerpo de cristo, en ayunas, porque nos alimentaremos de la palabra de las sagradas escrituras, —decía ella—. Comeremos al medio día, cuando se acabe el mensaje dominical, por fortuna mamá dejaba listo el almuerzo, ese era nuestro alivio. Mis hermanos son los últimos en llegar, a veces ni se

aparecían por el “templo”, pero no me importaba si iban, o no…

¡Bueno!, ya estoy cerca, toco el timbre de “detente aquí bus” y me bajo. Camino unos veinte pasos, y la encuentro a mi frente con su gigantesco anuncio de bienvenida:

Iglesia cristiana

Bajo la sombra del cordero inmolado.

“Jesús le dijo: — Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie puede llegar al Padre si no es por mí”, (Juan 14:6).

Ahora debo pasar la carretera para entrar…

La iglesia, cuya esplendida fachada con destacados acabados se mostraba la más bella de toda la provincia, en su interior era muchísimo más elegante; su piso en mármol blanquecino, paredes blancas, su cielo falso contrastaba con las molduras coloridas que flotaban de él, y un templo lleno de flores, como si de un jardín primaveral se tratara, componían la estética perfecta, para la casa de Dios. Pero bueno ese no es el tema…

Una vez estando adentro, me esperan dos de mis mejores amigos, Melvin y Jore Sullivan, (hermanos), así que mi lugar ya estaba reservado.

—Melvin, buenos días —dije mientras le daba mi mano—. Su hermano estaba del otro lado.

—Hola Helder, —me abrazó con entusiasmo— y tomamos asiento.

No hablamos mucho, respetábamos el “protocolo” de la iglesia, ya que las horas en su interior, si eras un buen hijo de Dios debían ser invertidas solo con él, ¿Cómo? Ya lo verán…

En el fondo, a escasos cuarenta metros se oye un estruendo sereno, eso era un ruido comparado al de las galerías municipales, un sonido inentendible y ruidoso, con altibajos según la fuerza de la voz de quien profesaba, más de mujeres que de hombres… Así la atmosfera contenida de ruegos, lamentos, cantos y halagos, se tornaba propicia para darle la bienvenida al Espíritu Santo, el consolador.

Todo ese holgorio fulgurante, eran las oraciones. Lo primero que había que hacer al llegar, una, dos o tres horas según lo que tú quisieras.

Las oraciones caminaban de un lado a otro, por todo el salón las almas se paseaban, y una de ellas era mi madre, quien desfilaba como soldado en batallón, de aquí para allá y viceversa, con las demás hermanas de la intersección quienes en conjunto eran más de 100. ¿Se imaginan esa

tropa? y todas uniformadas con prendas del mismo color pero de diferentes estilos.

En el pulpito se pasea un varón con micrófono que anima a todos a levantar su voz de clamor, (Ese señor es el hermano de mi padre, nos parecemos mucho; en nuestros ojos claros, el pelo de buen porte y la altura; es una excelente persona, aunque no comprendo por qué mi padre no lo permite mucho en casa).

Gran parte de los feligreses se ponen de pie para elevar las suplicas a Dios, el entorno se tornó celestialmente bullicioso, y sin duda alguna, mi voz también estaba añadida al extremado ruido.

En ese momento me sentí liviano porque estaba descargando mis culpas sobre el templo, estaba pidiendo al espíritu que cumpliera todas las metas que habían trazadas en mi corazón, y entre ellas, convertir a Elizabeth en mi esposa. Cada vez que recitaba esta oración: (Elizabeth mi esposa), mi cuerpo vibraba de emociones porque la fe era el motor de dicho deseo…

"¡Aleluya padre celestial…!

¡Gracias Dios…!

¡Oh santo espíritu, ayúdame…!

¡Santo, santo, santo, santo eres…!

¡Bendito seas Dios…!"

Eran una de las muchas palabras que se alcanzaban a escuchar de las demás personas, quienes por medio de sus vociferaciones llenas de lamentos, demostraban lo salpicados que estaban de la unción, (emoción en este caso) durante las oraciones. Eso apenas estaba empezando, —dije, asimismo—. Las exclamaciones aumentaban su frecuencia, y junto con ella su volumen, a tal punto que pensé que aquel lugar estallaría en cualquier momento, se sentía vibrar…

¡Tómense todos de las manos, y sigan!, ¡clamen a él!, ¡pídanle a él! —Decía otro hombre—… Y justo en el punto de ebullición que alcanzaba su máxima temperatura faltando 5 minutos para las once, sus cuerpos empezaban a agitarse como si una corriente eléctrica los atravesara… ¡Dios mío! ¿Qué es eso…? ¿Por qué actúan de esa forma…? ¿Qué les sucede…? —Me preguntaba estupefacto, pues nunca había vivido algo así desde aquel entonces—…

En tan solo un santiamén, el lenguaje de algunos se tornó distinto, no pareciese ser un idioma, pero movían con tal velocidad sus lenguas que sorprendían a simple vista; fue ahí, cuando se desprendieron unos gritos desgarradores de sus parpadeantes bocas, yo los asociaba a los de una película de terror, o quizás peor; lo hacían con desespero, como si estuviesen arrancando la piel de sus cuerpos; otros caían al piso de repente, allí, con un aspecto endemoniado se retorcían de un lado a otro pateando todo lo que se encontrara en su camino…

Con todo esto ante mi presencia, ya había perdido toda la concentración que yo ponía a mis rezos, pues ahora, me invadía una gran nube de curiosidad por saber qué era lo que les pasaba a aquellas personas que hacían notar que en realidad algún espíritu los estaba poseyendo; y veía a mi alrededor, y si, habían más, solo que estos parecían estar dormidos, ya que hasta una sábana pequeña y de tono brillante los cubría. De los muchos que aún estábamos de pie, una parte observaba con mucha intriga a los durmientes, y la otra (por lo general adultos) simplemente los ignoraban…

Ya debe ser la hora, intuyó mi cuerpo, pues aquel diluvio de oraciones y demás, fue cesando poco a poco, como una fuerte tormenta que con el tiempo vuelve a ser un simple serenar.

Luego llegó la sesión de las alabanzas… ¡estupendo!, solo que no sabía cuál sería la estructura del canto para este domingo, si gozo y alabanza, o gozo y adoración, o simplemente adoración, que a veces me aburría un poco…

Después de tan felices cantos al cielo, mi cuerpo empapado en sudor y rebosante de alegría, se reposa sobre una silla cuando de mi boca se escapa un ¡gracias mi Dios por este momento!

Finalmente, acto seguido eleva su presencia gracias al pulpito del altar, el pastor de la suntuosa iglesia, quien nos compartirá el mensaje que le ha dado el espíritu divino. Y como siempre, su oración de telón "Queridos hermanos" es la que abre pasó a la lectura de la santa palabra, escrita en: La Biblia.

Las predicas que daba, aludían a los sermones cuyos objetivos eran transformar parte de nuestras vidas para ser mejores personas, mejores hijos, esposos, esposas, vecinos, y cualquier cosa más. Por desgracia, el peso de hoy cayó sobre nosotros los jóvenes.

Había un listado casi que interminable de impedimentos o cosas que nosotros no podíamos hacer para agradar a Dios, no sé si mencionarlos todos, o me libro con solo contarles las cosas que si se podían; pero les

diré unas pocas:

La principal por ser la más tentadora para nosotros los jóvenes, es resistir la carne, o sea, no tener relaciones sexuales, (ser virgen), lo cual era una virtud. En caso de tener un noviazgo en Cristo Jesús, no se pueden dar besos los novios, no rozar sus pieles ni mucho menos quedar solos en un recinto, para evadir la tentación, esto hasta estar cobijados por el matrimonio.

Todo esto con el único objetivo de que ambas personas no explorarán su sexualidad con nadie más que no fuera su pareja.

Sin embargo, no solo el sexo hace parte de los deseos de la carne; el asistir a fiestas, beber alcohol, consumir drogas, alimentos impuros, cantar música de personas que no son religiosas, e incluso cualquier acto de inmoralidad carnal, son una de las muchísimas cosas más que se nos impide por amor a Dios. Por fortuna, yo no tenía inconvenientes en cumplir todos esos mandatos tal cual nos lo pedía la biblia, yo solo quería guardar mi corazón limpio para un día alcanzar la salvación, así que desde este día la empecé a buscar...

Se acabó el culto y es hora de volver a casa, así que me despido de Melvin y Jore muy de prisa, y me voy… quiero comer, quiero dormir…